

## LIBRO CUARTO

## HA GLORIFICADO A LA RELIGION

## I

## SACER ESTO

No conviene al pueblo ni a la libertad que muera. Sería un acto de verdadera justicia que por haber destruído las leyes, que por su sangrienta emboscada, por sus asesinatos, por su perjurio, por arrastrar la Francia herida en el corazón y atada de pies y manos a su repugnante carro, se castigase a ese infame con una cuchillada en el cuello, como a Pompeyo, o en el costado, como a César.

Como el asesino que camina errante por las llanuras, mató y ametralló con la conciencia tranquila; vació las casas y llenó las tumbas. Por él el hijo quedó sin padre, sin sostén y sin esperanza; la viuda solloza y llora, y la madre va cubierta de luto.

Mártires, héroes ayer y presidiarios hoy, os envía a Cayena, a Africa, os arroja a las sentinas, y chorreando la cuchilla de las guillotinas, deja caer gota a gota la sangre de los hombres que defienden el derecho y la justicia.

Dejémosle vivir. Si algún día se cruzara en nuestro camino, desnudo, encorvado, temblando, agobiado por el peso de la execración de todo el género humano, angustiado por su pasado de crímenes, buscando los sitios solitarios, los bosques, los abismos, pálido y lleno

de zozobra; si algún día se agitase en algún calabozo, sin oír más que el ruido de su cadena, constantemente solo, hablando a las paredes sordas, rodeado de odio y de silencio, envejeciendo, desdeñado por la muerte y abandonado... pueblos, huid de ese hombre, que lleva en la frente un estigma: dejad pasar a Caín; Dios es el llamado a castigarle.

Jersey, 14 de noviembre de 1852

## II

## LO QUE EL POETA SE DECÍA EN 1848

No debes ambicionar el poder; debes trabajar en otra parte: eres espíritu de otra esfera, y ante el poder debes retroceder con modestia. Eres el amante sereno del pensamiento que sufre, y ya te comprendan o ya te desprecien los hombres, debes ser pastor para vigilarlos y sacerdote para bendecirlos. Cuando los ciudadanos, exasperados por la miseria, se maten unos a otros, olvidándose de que todos son hijos de Francia y de mismo París; cuando se aparezca de pronto siniestra y formidable barricada a la esquina de cada calle, vomitando por todos lados la muerte, tú debes presentarte allí solo e inerte; debes en esa guerra impía y abominable presentar el pecho y mostrar tu alma, hablar, rogar, salvar a los débiles y a los fuertes, sonreír a la metralla y llorar por los

que han muerto, y después volver tranquilo a tu sitio aislado, y desde allí defender, entre los alborotos de la Asamblea, no sólo a los que traten de proscribir, sino también a los que pretenden juzgar; debes desde allí derribar el cadalso, servir y proteger el orden y la paz, que ataca un partido temerario; debes ser égida de nuestros soldados, que son fáciles de engañar, y a tus hermanos, los infelices hombres del pueblo; y a las leyes y a la libertad, y consolar, en los días de angustia funesta, al arte divino, que se estremece y llora, y aguardar el momento supremo y decisivo.

Tu papel consiste en aconsejar y en permanecer quieto meditando.

París, julio de 1848.

## III

## LAS COMISIONES MIXTAS

Sentados en una cámara obscura, juzgan y llenan las cárceles de inocentes, y las mazmorras y los pontones, que flotan a la luz del sol, tan téticos como de noche, mientras que el reflejo de los mares se estrella en sus costados negros lanzando escamas doradas.

Por haber dado asilo a los proscritos en su choza, un anciano va a presidio, y se oye exclamar:—«A Cayena, al Africa, a las galeras todo el que haya combatido nuestro escrutinio estafador, nuestro escrutinio que arrebató sus derechos al pueblo.» Han condenado al amante platónico de las leyes, a la mujer que llevaba el pan a su esposo, al hijo que defendía a su padre. Han deserrado al derecho, han expatriado al honor. Sale esa justicia de esos jueces, como sale la vívora de los sepulcros.

Bruselas, junio de 1852.

## IV

## A LOS PERIODISTAS DE ROPA CORTA

Porque rezando vísperas, maitines, practicando ayunos y explotando a Dios, habéis abierto una tienda en medio del divino Evangelio; porque vendéis la imagen de la virgen, con milagro a cinco sueldos y sin milagro a dos; porque referís patrañas que hacen trepidar a las columnas de los templos; porque vuestro estilo deslumbra a viejas y a fabriqueros; porque vestís sotana; porque trascendéis a mugre y no a clavel; porque publicáis periódicos que inspira Escobar y que escribe Patouillet; porque formáis una familia aparte en medio de la sociedad, creéis tener derecho a exclamar, tomando el agua bendita:—«Soy santo, ángel, virgen y jesuita, insulto a los que pasan, pero no me bato.»

Vuestro inmundo periódico es un hormiguero de hombres disfrazados de predicadores solapados, que pasan por sabios entre vuestros adictos, porque les hablan en la jerigonza de sus ore-mus.

Insultáis al genio, al sabio que consagra sus vigiliias al estudio de la ciencia, a los pensadores que estudian las cuestiones trascendentales, y cuando alguno os busca jamás os encuentra. Después de escupir la afrenta, la calumnia o la mentira, huís del que os sale al encuentro. ¿Dónde os escondéis?

El destino, que puso en vuestras almas la simiente de todas las bajezas, debe hacer que pasen en vuestras cavernas todas las torpezas y todas las corrupciones.

Cuando un hombre cortés les dispensa el honor de decirles: — «Señores míos, confío en que me daréis una satisfacción», entonces contestan: — «¡Un duelo! ¡eso nunca! ¡somos cristianos!»

Y esto diciendo, esos hombres hipócritas se santiguan y se encomiendan a todos los santos del calendario.

Disfrazan su miedo con los escrúpulos religiosos. Pero el palo está dispuesto para caer en la espalda de alguno, porque no es fácil evitar a la vez la espada y el palo.

Conquistasteis el Sena, el Rin y el Tajo, y el espíritu humano, rendido y postrado, hubo de soportar vuestra férula. Lleváis ventajas a los publicanos judíos, porque si los Tartufos no mueren, los Judas se ahorcan. Yago es un pedante comparado con vuestro Basilio. La Biblia en vuestros graneros la roe la polilla. El día en que la mentira necesite un refugio, ya sabemos que en vuestros corazones lo encontrarán seguramente.

Insultáis al justo, a quien persigue la amargura, y a pesar de esto, todos los vicios se disfrutan en vuestra casa, donde encuentran los disfraces que desean. Las almas son para vosotros bolsas y bancas. El que os acoge en su seno no tarda en arrepentirse. Convertís en una tienda la Iglesia de Dios. En vuestros himnos santos cantáis a la hoguera, que es la única antorcha que os alumbraba.

Hace diez y ocho siglos que Jesús, el amoroso pontífice, quiere salir de la tumba que lentamente va entreabriéndose; pero vosotros os esforzáis, nietos de Caifás, para cerrársela e impedirle que salga.

Septiembre de 1850.

## V

## ALGUNO

Existió un hombre que se llamó Varrón, otro llamado Pablo-Emilio y otro Cicerón; fueron grandes, poderosos populares; desempeñaron los más importantes cargos; fueron generales, magistrados, tribunos, y tuvieron energía ante el Senado; vieron entre el polvo y el ruido que levantan los ejércitos pasar las águilas inflamadas, y la multitud les seguía tributándoles ovaciones murieron y levantaron a esos famosos romanos marmóreos sepulcros en el país y en la historia; sus bustos se conservan graves como la gloria que quisieron conquistar, y en la sombra de los palacios abren sus ojos vagos, siendo testigos misteriosos de lo que pasa en torno suyo; lo que no impide que nosotros, cuando hablamos de esos grandes hombres, digamos alguna vez: — «Varrón estuvo torpe tal día; Pablo-Emilio no estuvo acertado en tal caso; Cicerón cometió un error gravísimo».

Cuando así tratamos a tan ilustres personajes, ¿pretendes tú, pigmeo, que se hable de ti sin desdén y que no diga que eres un miserable? ¿Pretendes que te elogiemos, cuando si hubieras vivido en la antigüedad te hubieran arrojado de Esparta y de Atenas?

Muchos te han conocido cuando corrías los garitos, las casas de juego, los antros del vicio. Tu vida es una farsa que quieres elevar enfáticamente a poema.

¿Qué me importa a mí, que soy juez y juez, que diciembre haya terminado a febrero, y te instalen en un

lacio, olvidándose de la buhardilla donde vivías? No esperes que te perdone.

Ciudadanos, ese hombre antes, como Bruto, detestaba los tronos y hoy les tiene gran cariño. Todos los oficios son buenos para él, si obtiene con ellos pingüe ganancia.

Londres, agosto de 1852.

## VI

ESCRITO EL 17 DE JULIO DE 1851, AL  
BAJAR DE LA TRIBUNA

Esos hombres que han de morir, multitud vil y grosera, son barro antes de ser polvo. Seguramente morirán y pasarán para la historia; hoy su vista causa repugnancia al hombre honrado; son envidiosos, se consumen en cóleras pueriles, furiosas porque son estériles, y muerden los talones del que intrépido va delante de ellos. Les humilla la drar porque no pueden rugir, y corren a ver quién llegará antes a apoderarse de la presa. Lladran y alborotan a la vez, lanzados en el Senado, como las jaurías en el bosque, mezclándose y confundiendo el tendero, el magistrado, el soldado y el sacerdote, para espantar con su algarabía al impávido león. Como manada de perros están sumisos a cualquier amo; hoy a Bonaparte y mañana a Changarnier. Mancillan con su baba el honor, el derecho, la República, la Constitución, la obra evangélica y el progreso, que es la única y verdadera esperanza de los oprimidos pueblos. Pero no importa; seguid adelante. Cuando el austero pensador que, apartado de las multitudes, abandonando la soledad, aparece de repente ante vosotros, viniendo a deciros la verdad, a defender a los vencidos, a devolver la

calma a la patria, estalláis en gritos y en injurias, cebándoos en su nombre; pero únicamente conseguís procediendo de ese modo, que os desprecie. Su alma tranquila, que tiene a menos vuestra estimación, prefiere vuestro odio.

Paris, 1851.

## VII

## OTRO

Eso Zoilo mojigato nació en una fragua. El demonio (Dios le permitió ese día que crease) le puso en el mundo, haciéndole participar algo de Ravallac y algo de Nonotte.

En su juventud, no tenía dónde caerse muerto, y contemplaba a los subdiáconos con su sombrero de fieltro; Vidocq le encontró un día rezando en una iglesia, y al ver que miraba oblicuamente, le llamó para darle el empleo de espía.

Entonces, aquel descamisado pensó en la soledad de su boardilla, y viendo que no tenía corazón, ni estilo, ni ingenio, tuvo la idea de publicar un periódico callejero, dedicado al servicio de Jesucristo.

Blandiendo el hisopo se presentó a luchar contra los jacobinos, contra el siglo y contra el pecado, y tuvo la humorada, perteneciendo a la policía, de ser jesuita y además santo.

Vendía la Eucaristía por mil francos mensuales, y siendo más bajo que los ladrones y los asesinos, consiguió hacerse de una fortuna. Vestía de sacristán con ribetes de alguacil, y prosperaba. Injurio, predicó, hizo la rueda; si no hubiera sido santo, hubiera sido zapador. Se lavaba en aguas cenagosas, y viendo que los demás huían de él, por

miedo de que los salpicase de limo, decía:—«¡Huyen de mí, me temen!»

Su desenfrenado periódico complace a los devotos, a pesar de que parece escrito por bandidos. En la trastienda de su despacho fabrica llaves falsas para entrar furtivamente en el Paraíso.

Inserta los anuncios de los milagros del día; redacta los absurdos en forma de dogmas, y como es un fariseo, brinda con los ricos y dice a los pobres:—«Amigos, venid a casa a ayunar conmigo.»

Tiene jolgorios a puerta cerrada, pero predica en público la abstinencia; en la iglesia canta el aleluya y en los banquetes entona canciones libres. Dice un *Pater noster* y seguidamente va a acariciar la barba de Simona. He visto muchos santurrones como ése que arrojaban salmos después de beber, que vendían con aire contrito piadosas fruslerías, y que cantaban, según el auditorio que tenían, o las estrofas de Pirrón o los cuartetos de Pibrac. De esta manera vive tranquilamente ese imbécil jesuita, que es un triple bellaco.

París, septiembre de 1850

### VIII

#### EL YA NOMBRADO

A mi pesar vuelvo a hablar de ese hombre vil, del que Mateo Molé habla a Boissy d'Anglás, entre los muertos que se indignan.

¡Oh, ley santa! ¡oh, justicia! ¿dónde estaba tu poder, guardián de todo derecho y de todo orden humano? Ese hombre, que durante veinte años te tendía la mano para cobrar su paga, cuando te vió cubierta de sangre y víctima del infame, y que alzabas los brazos al cielo al verte brutalmente mal-

tratada por la soldadesca, se marchó, volviéndote las espaldas y diciendo:—

«¿Quién es esa mujer? ¡no la conozco!»

Los antiguos partidos colocaron en el poder a ese justo: ¡necesitaban un hombre y echaron mano de un maniquí! Era preciso un Catón para ocupar aquel sitio augusto, y sentaron en él a un Pasquín.

Degradó a la Asamblea según su capricho y fué señor absoluto. El que cree en nada, es materia apta para todo. Hubiera recibido indiferentemente en Temple Bar a Cromwell o a Monk, se reiría con Voltaire y votaría a Robespierre.

Sabía lamer a diestras y morder a siniestras, ayudando al crimen para provecho propio; ese vil polichinela abrió la puerta a los esbirros libertinos que entraron en su casa una mañana. Hubiera sido su cómplice, de haberlo querido, por salvar su destino, su tesoro y su pingajo de armiño; pero los jefes eliminaron su nombre de la lista, rehusaron hacer un traidor de este calibre, porque pensaron:—«¿De qué nos servirá?...»

Se ofreció a los forajidos después de haber matado la ley, y para que soltara la presa, tuvieron que decirle en presencia de todo París:—«Vieja prostituta, ¿no ves que tienes ya el cabello cano?»

Actualmente, despreciado por los mismos tunos, pende la vergüenza de su nombre deshonoroso y el último jirón del pudor público de su último jirón.

Si por casualidad un traperero, de noche, en los más oscuros callejones, buscando con el gancho entre la basca, encontrase a esa alma, no se dignaría meterla en el cuévano.

### IX

Los que viven son los luchadores, los que persiguen un fin constante, un alto destino, y marchan pensativos y encariñados hacia un objeto sublime, poseídos de un gran entusiasmo y de un gran amor. Son el profeta santo, prosternado ante el arca de la alianza, el patriarca, el trabajador, el pastor, el obrero; son los de corazón honrado y sencillo, que llenan útilmente los días de su existencia. Esos son los que viven: a los demás les tengo lástima, porque pasan la vida embriagados de su inútil aburrimiento, que les pesa continuamente; existen sin vivir. Inútiles y dispersos, arrastran en el mundo la anonadación de ser y de no pensar. Llaman vulgo, plebe y turba a las multitudes; son los que murmuran, aplauden, silban, derriban, levantan, dicen que sí y que no; rebaño que va y viene, juzga, absuelve, delibera, aniquila, está tan cerca de Marat como de Tiberio; muchedumbre triste o alegre, que viste traje rico o va con los brazos desnudos, confundida y compelida hacia ignotos abismos. Son los transeúntes indiferentes y sin objeto, sin propósitos y sin edad; lo más bajo del género humano, que se desvanece como el humo; los que no se conocen, los que no se cuentan, y de los que se pierden las palabras, la voluntad y las huellas. La obscuridad en torno suyo se prolonga y retrocede; sólo gozan en el mediodía de un lejano crepúsculo, y lanzando al azar sus gritos, su vocerío y su ruido, vagan errantes por los bordes siniestros de la noche.

No aman y siguen su taciturna marcha sin tener un pensamiento para el porvenir y sin volver la cabeza. Cami-

nan hacia adelante sin saber a dónde van; se ríen de Júpiter, sin tener fe en Jehová; miran con indiferencia los astros, las flores y las mujeres; buscan las satisfacciones del cuerpo, pero no les deleites del alma; hacen inútiles esfuerzos para obtener resultados vanos; no esperan nada del cielo, y se olvidan de los muertos.

No soy uno de esos hombres; ya gocen de prosperidad, siendo altaneros, o ya se oculten en inmundas guaridas, me aparto de ellos y jamás sigo su camino. A tener semejanza con ellos, que son las hormigas de las ciudades, prefiriera ser un árbol que diera sombra al bosque.

París, 31 de diciembre de 1848.

### X

#### ALBA

La inmensa llanura se estremece. Es la hora en que meditaban Pitágoras, Hesiodo y Epicuro; es la hora en que, cansados de contemplar el azul sombrío y estrellado de la noche, llenos de horror santo, dormíanse los pastores de Caldea. A lo lejos la cascada brilla cual manto de plata de inúmeros pliegues; sobre el horizonte lúgubre aparece la mañana, con su rosada faz, que muestra riendo los dientes de perlas; el buey despierta y muge; los mirlos y las alondras entonan el himno matutino; en los bosques se percibe confuso ruido de voces; los corderos, abandonan el aprisco, haciendo saltar al través de las malezas sus vellones, que brillan a los primeros rayos del sol; y la joven semidormida, fresca, abriendo sus ojos ne- gros y sacando los desnudos brazos fue-

ra del peinador, busca con los pies sus zapatillas chinescas.

Gloria a Dios, que después de la silenciosa noche hace renacer la naturaleza, tranquila y esplendorosa. El alba despierta los nidos a la hora de costumbre; la choza extiende en el espacio su penacho de humo, y el rayo de la luz, cual flecha de oro, atraviesa el frondoso bosque; y más fácil sería detener al sol en su curso, que convertir en sensibles al honor y en amantes del bien las almas ruines de Baroche y de Troplong.

Jersey, abril de 1853.

## XI

Vizconde de Foucauld, cuando apuñalaste al elocuente Maund, y le diste muerte, el pueblo, lo mismo que hierve el Océano cuando el Etna muge en sus entrañas, se estremeció indignado.

Vióse caer en el ocaso el pálido fulgor de 1830. La antigua monarquía, altiva y obstinada, vaciló en su trono, y en aquel triste momento comenzó a desmoronarse; pero a pesar de que aquellos reyes fueron castigados por haberse atrevido a atentar contra un hombre, eran grandes e ilustraban nuestra historia, dejando tras sí siglos espléndidos, a Enrique IV, a Contras, a Damiette y a San Luis.

Hoy en París, un príncipe de facinerosos, más falso que Alí-Pachá y más cruel que Rosas, encarcela a la ley, encierra la gloria en Mazas, expulsa de París el honor y el derecho, castiga a la honradez, a los oradores, a los generales, a los representantes del pueblo, a los genios, a los más útiles servidores del siglo y del Estado, y además abofetea mil veces al pueblo, que va al Elí-

seo a contemplar cómo brillan las infinitas luces de las arañas, olvidándose del ultraje que lleva impreso en la mejilla, y se detiene a mirar al César. El pueblo, que es soberano, sigue el carro triunfal de su esclavo y mira cómo bailan en el Louvre sus dueños, sus inmundos traidores, haciendo excesiva ostentación de su lujo.

Bruselas, mayo de 1852.

## XII

## A CUATRO PRISIONEROS (1)

(DESPUÉS DE SU CONDENA)

Podéis estar satisfechos, hijos míos, pues el honor va con vosotros; y vosotros dos, amigos míos, ilustres poetas, a los que la gloria ciñe las sienes que la afrenta quería humillar, ofreced a esos jueces venales, uno su intrépida dulzura y el otro su sonrisa de desdén.

En la sala donde Dios ve la ruindad de las almas, ante los impasibles jurados, que se escogieron para que fueran infames, creo, justicia sombría y augusta, ver en torno tuyo, en la obscuridad, los doce sepulcros alineados de los doce jueces.

Han sido vuestros sentenciadores; el porvenir los juzgará. A ti, hijo mío, por haber dicho en alta voz que Francia era el refugio de los vencidos y de los desterrados, y aplaudo que, ante el hacha implacable del verdugo, hayáis insultado a la guillotina y vengado al crucifijo.

Son estos tiempos tan sin ventura, que el mártir tiene que consolaros... Pero yo admiro, ¡oh, verdad! más que

(1) Pablo Meurice Augusto, Vacquerie, Carlos Hugo y Francisco V. Hugo, redactores de *L'Evenement*.

tu nimbo, más que la aureola ardiente de los santos que oran, más que los tronos de oro, ante los que todo palidece, la sombra que proyectan en tu faz las rejas de una cárcel.

Haga lo que le plazca el malvado impulsado por su abyección, el ultraje injusto y vil se convierte en el cielo en el Paraíso. Cuando Jesús empezaba a sufrir su pasión, el salivazo que un verdugo le lanzó al rostro hizo nacer en el mismo instante una constelación en los cielos.

Conserjería, noviembre de 1851.

## XIII

## SE HOSPEDA DE NOCHE

Aventurero llevado por el ciego destino, si quieres pasar la noche hasta que nazca el nuevo día, entra en la hospedería Louvre con tu rocinante imperio.

Molière tiene sus ojos fijos en ti y te hace señas Shakespeare; el primero te toma por Scarpín y el segundo te confunde con Ricardo III. Entra jurando y santiguante. La antigua hostería está iluminada. La muestra, que el tiempo borró y ennegreció, sobre el antiguo Sena, a dos pasos del puente Nuevo, cruje y rechina en el enmohecido balcón de Carlos IX, y de ella quedan legibles únicamente estas sílabas:

—Tan... za... Texto obscuro y truncado; resto de la palabra horrible: ¡Matanza!

Siniestro hormiguero puebla esa sombría posada. Entonan canciones obscenas, comen, beben y ríen; el vino pasa de las botellas a los vasos y de los vasos a las gargantas. De las vigas pende una carnicería completa. Esos seres triunfantes han dado un magnífico golpe de

mano. Uno grita:—«¡Exterminémoslo todo!» Otro exclama:—«Embolsémonoslo todo». El tercero agita una antorcha que da resplandores que deslumbran. En algunos puntos, en las paredes, se ven huellas de manos ensangrentadas. Los manjares humean, las ascuas brillan en los hornillos encendidos. Se ven ir y venir muy atareados, con manguillos en los brazos y con manchas en las manos, a los marmitones Rianceys, a los catacaldos Nisards, y en derredor de la mesa a la que están sentados Fortoul, Persil, Pietri, Carlier, Chapuys, capitulares o capataces, añadiendo su firma al asesinato Ducos y Magne, Forey, de quien en Bondy se cambia la ortografía, a Rouhey y Radetzki, Haynau al lado de Drouyn y al cerdo Senado hocicando en la basura. Explorad, analizad, disecad su alma, en la que Dios extirpó los gérmenes, y nada encontraréis en ella.—¡Sús! Tú que llevas el mismo nombre que Napoleón y las mismas botas que Macario, el general Bertrand te precede y resuenan las aclamaciones y gritos de alegría mezclados con aullidos. Los espectros que yacen en la sombra te ven entrar y abren sus ojos sin brillo. A tu alrededor se remueve un enjambre de maritornes, mezclando en su jerigonza muchas palabras en caló; marquesas y duquesas de pacotilla, huries de corazón de barro y de mirada de carbunco. ¿Representas la Regencia? En este caso se empolvarán los bucles. ¿Representas el Directorio? Entonces se vestirán con ricas telas de Madrás. Haz, apuesto extranjero, todo lo que quieras, porque te llamas Millón; entra, pues. Alrededor de esas beldades, palomas de la orgía, agitan sus alas Suín, Mongis, Turgot y Aguesseau; y Saint-Arnaud, revolotea también en torno de

ellas. El trabucaire Reybell toma a Fould por cura del que Sibour es vicario.

Todo está dispuesto para agasajarte, bandido. En el centro resplandece inmenso hogar. Tu águila, que es una lechuza, sirve de blasón al artesonado; el buey Pueblo está asándose en el hogar, la grasa canta al recibir la sangre, y alrededor se hallan sentados, sonriendo y conversando, Magnán, que le dió muerte, y Troplong, que le mandó asar. Se oye el chirrido de la carne y el crepitar del fuego, y con delantal de cuero y con la cuchilla en la mano aparece el carnicero Carrelet. La marmita Presupuesto está también puesta al fuego.

Ven, pues, tú, a quien aman los juicios, a quien la Iglesia enciende cirios, que eres a la vez la esperanza de los hijos de Ignacio y de los hijos de Abraham, que vas hacia Tolón y que regresas de Ham; ven, que has terminado la jornada y es el momento de aprovecharte del festín. Siéntate al fuego, en ese cómodo sillón, porque no

hay más amo que tú. Aquí todos te veneran y te proclaman rey; ven, brilla, siéntate, caliéntate, sécate, sé buen príncipe, forajido; despójate de tu grandeza y de tu aureola, que así se llama en ese antro de traidores a la jurada. Los héroes, los pensadores llevan, formando magnífico grupo, su inmortalidad irradiando en la frente, pero tú arrastras la gloria con los pies. Entra, pues. Te vas a ver rodeado de pigmeos grandes hombres, que te aclamarán cantándote himnos, microscópicos Atila: ese buey asado es para ti; tu negro Maupas cuida de que no se queme, y tu perro Baroche irá a lamer-te los pies, sin dejar de dar vueltas al asador.

Mientras que en la hostería beben y brindan con estrépito, fuera de ella, por un camino que se pierde en las tinieblas de la noche, aguijoneando el pesado caballo que se acerca lentamente, mudo, pensativo, trayendo órdenes serenas, avanza el Porvenir, llega el gen-darme de Dios.

Jersey, noviembre de 1852.

## LIBRO QUINTO

### LA AUTORIDAD ES SAGRADA

#### I

#### LA CONSAGRACIÓN

En el horrible cementerio, París tiembla, ¡oh dolor!, ¡oh miseria! Tiembla lo mismo que el nenúfar.

Castaing, levanta la losa; París tiembla, ¡oh dolor!, ¡oh miseria! en la hierba de Clamart.

Y grita a voz en cuello:—«¡Yo quie-

ro ser César!» París tiembla, ¡oh dolor!, ¡oh miseria!

Cartouche en su sudario; París tiembla, ¡oh dolor!, ¡oh miseria! Cartouche grita cubierto de sangre:

—Quiero volver al mundo.—París tiembla, ¡oh dolor!, ¡oh miseria!—Quiero ir al mundo para ser majestad.

Mingrat se encarama al púlpito; París tiembla, ¡oh dolor!, ¡oh miseria! Mingrat se encarama al púlpito y dice tocando a muerto:

—Saldré apenas anochezca; París tiembla, ¡oh dolor!, ¡oh miseria! Saldré de noche con mi puñal;

Quiero que me llame hermano; París tiembla, ¡oh dolor!, ¡oh miseria!; quiero que me llame hermano el czar Nicolás.

Poulmann en el osario... París tiembla, ¡oh dolor!, ¡oh miseria! Poulmann en el osario se despierta enfurecido;

Y dice a Mandrín; París tiembla, ¡oh dolor!, ¡oh miseria!; y dice a Mandrín:—Compadre, yo quiero ser emperador.

Lasenaire dice:—Pues también yo quiero... París tiembla, ¡oh dolor!, ¡oh miseria!—ser emperador y ser rey.

Y Soufflard grita; París tiembla, ¡oh dolor!, ¡oh miseria!, mugiendo como un buey:

—En vez de estar en el ataúd... París tiembla, ¡oh dolor!, ¡oh miseria!... en vez de estar en el ataúd, quiero estar en el Louvre.

Así desde su fosa, París tiembla, ¡oh dolor!, ¡oh miseria!; así desde su fosa hablan los ganapanes.

—¡Pardiez! exclama Roberto Macaire; París tiembla, ¡oh dolor!, ¡oh miseria! ¡Pardiez! exclama Roberto Macaire: ¿a qué vienen esos gritos?